1

Lo que calla mi mente

Pasaron veinte años desde que nos conocimos, veinte años de altos y bajos donde nada fue como yo lo esperaba.

Al recodar mi vida, las lágrimas caen de mis mejillas sin dar tregua.

Me sentía asfixiada e incompleta, tenía todo para estar tranquila y vivir sin apuros, gozábamos de una muy buena posición económica, pero, aunque lo tuviera todo, necesitaba aire, necesitaba paz y sabía que esa paz no la iba a conseguir a su lado.

Isaac, mi marido, dominaba mi mente a tal punto de anularme completa. Y sí, tantas veces le dije que ya no podíamos estar juntos, que el amor se había acabado, también el respeto y la pasión. Él me miraba, pero no reaccionaba. Solo escuchaba; como si sus oídos no recibieran la desesperación de mi voz, y entonces, yo seguía sin entender, ¿por qué no salía corriendo de ahí?

Cuando llegaba la noche rogaba que no me tocara, no quería entregarme a él. Muchas veces llegué a pensar que era frígida, porque cuando había sexo no sentía ni un poco de deseo en mi cuerpo. Estaba tan desesperada que

consulté con una profesional, que gracias a esa visita entendí que el problema no era yo. El problema era que ya nada nos unía, pero yo decidí seguir, sí, seguir, aunque parezca absurdo. Decidí seguir por mi hijo y la familia, quizás también por mí, por la comodidad y el interés, seguí.

2

El comienzo de todo

Cuando conocí a Isaac, me deslumbró su amabilidad y delicadeza. Era un hombre alto y delgado, sus ojos eran de un bello celeste con tenues pigmentaciones grisáceas. Su tono de piel trigueño encajaba con sus hermosos rizos que le llegaban por debajo de su cuello.

Gozaba de una sonrisa cálida y una mirada profunda que me parecía honesta. Quizás eso fue lo que hizo que me comenzará a interesar por él.

Solía venir por mí cada tarde cuando terminaban sus clases en la universidad. Cuando caminaba a su lado me sentía feliz porque iba de la mano de un joven muy guapo que me hacía sentir que era importante. Era un encanto.

En esos tiempos yo tenía dieciséis años y el veintiuno. A los pocos meses ya salíamos juntos y luego, sin pensarlo en mis entrañas crecía el fruto de lo que creía era nuestro amor.

Tenía tanto miedo a la reacción de mis padres, más que nada a la de mi papá, quien, apegado a las buenas costumbres y sus creencias religiosas, sabía que sería

difícil para él entenderlo. Lo había defraudado y esa angustia me paralizó.

Isaac por su parte lo tomo con más calma. Recuerdo que me abrazo ofreciéndome su vida entera, fue de esos abrazos que te reconfortan y que solo alguien que te quiere de verdad es capaz de dar. Me fundí en sus brazos, de pronto me levanto la barbilla, nuestras miradas se cruzaron y con una sonrisa genuina me beso. Con ese cálido momento me dio la tranquilidad que necesitaba.

Lo sentí tan sincero que me dio seguridad, pues era una niña que estaba llena de miedos y arrepentimientos. Después de una semana de buscar el momento ideal para contarlo, mi familia se enteró.

Cierro los ojos y aún puedo ver la desilusión en la mirada de papá. No nos dijo nada ni a Isaac, ni a mí, solo nos exigió que nos casáramos; sin embargo, ese acto no ocurrió hasta muchos años después.